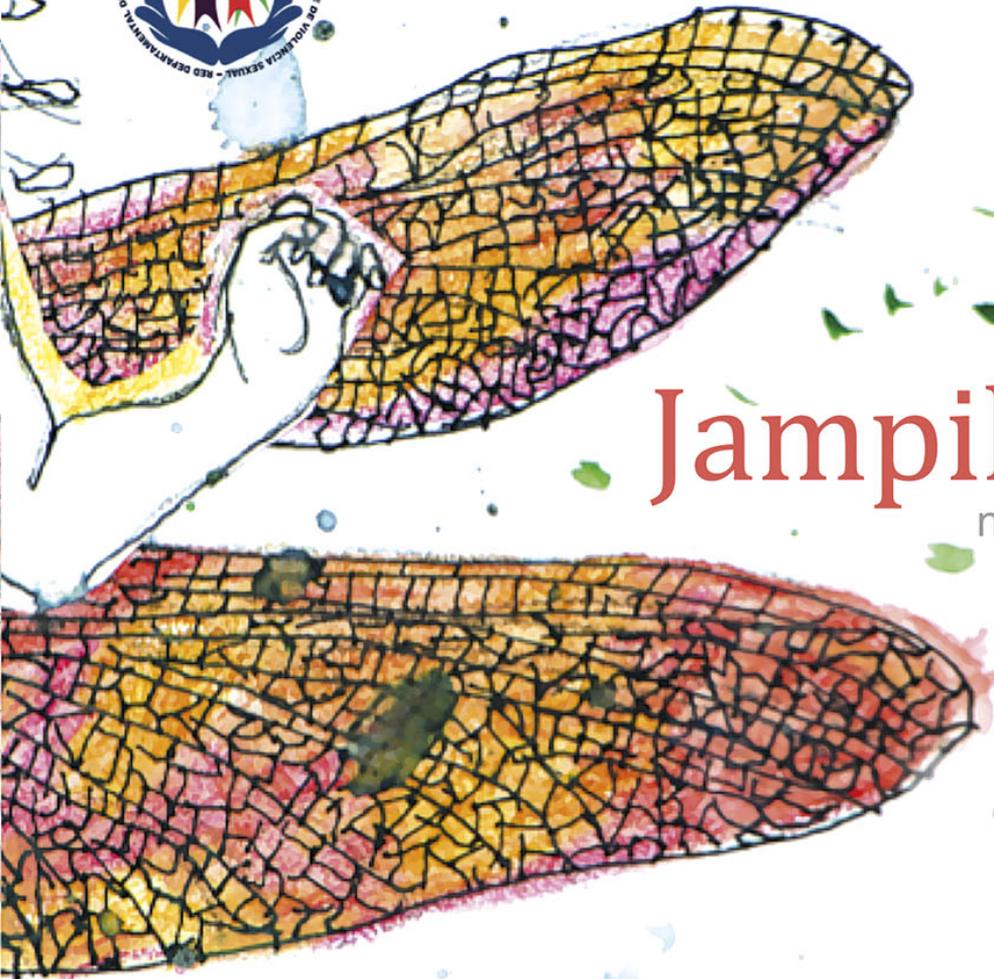




RED DEPARTAMENTAL DE PROTECCIÓN DE LA NIÑEZ Y ADOLESCENCIA
PARA UNA VIDA LIBRE DE VIOLENCIA SEXUAL- LA PAZ



Jampikuna

nos curaremos

Emma Rada y Karen Gil

JAMPIKUNA- NOS CURAREMOS

Coordinación General y Edición: Emma Rada

Texto: Karen Gil

Dirección Gráfica: Elias Vargas

Ilustración: Emma Rada

Editorial: Red Departamental de Protección de la Niñez y Adolescencia para una Vida Libre de Violencia Sexual

Diseño y diagramación: Elias Vargas

Impresión: IGC Impresiones

Primera edición: noviembre 2018

Depósito legal: 4-2-3025-18

Propiedad Moral: Emma Rada

La Paz, Bolivia

Jampikuna
nos curaremos

Texto que relata el proceso curativo de una sobreviviente de violencia sexual infantil

Jampikuna es un texto que relata el proceso curativo y la sobrevivencia ante la violencia sexual infantil. Los momentos oscuros, y aquellos otros llenos de fuerza y felicidad.

La Fiscalía General del Estado registró en la gestión 2017, 1.324 casos de violación. Un promedio de tres a cuatro violaciones por día cada día. A esta cifra alarmante, se adhieren otros miles de casos como el mío, que no se registran o que no encuentran justicia por la temporalidad del crimen.

Tal vez la idea de lo más puro y sano está en la familia, *“el mejor resguardo para nuestras hijas e hijos”*. Sin embargo esta idea romantizada, el adultocentrismo y la sociedad patriarcal refuerzan la invisibilización de una problemática que pasó y aún está pasando. La violencia sexual a menores de edad es un crimen de lesa humanidad y es comparable con el genocidio, la tortura y la esclavitud.

El texto pretende no sólo visibilizar esa realidad, sino que a través de las ilustraciones y el relato de sesiones de entrevistas; personas de cualquier edad dialoguen, entiendan y se sensibilicen con una víctima o sobreviviente de violencia sexual. Que aquellas que también

sufrieron la injusticia de ser víctimas, puedan saber que no están solas, y que de la manera que quieran, la búsqueda de la curación y felicidad es merecida, necesaria y primordial. Ser sobrevivientes valientes y fuertes es revolucionario.

Es gracias a la Red Departamental de Protección de la Niñez y Adolescencia para una vida libre de Violencia Sexual en La Paz, que este esfuerzo podrá ser difundido y trabajado en más lugares y con más personas. La Institución apuesta por el “Yo te creo” y esa lucha, junto a la de otras mujeres sobrevivientes y activistas en pos de un mejor mundo para niñas, niños y adolescentes; ha inspirado a la culminación y tejido de este trabajo.

Que Jampikuna anime a muchas otras personas a denunciar la problemática y colaborar en la demanda de justicia penal y social, sin importar el tiempo en el que un crimen haya ocurrido, éste debe ser juzgado porque fue cometido.

Emma M. Rada Villarroel



El Olfato

Si algo recuerda Emma de su infancia son los aromas que la rodeaban: el olor del vestido floreado recién planchado que le colocaba su mamá, el olor de los libros de la biblioteca de su escuela, el olor de la carne a la parrilla que cocinaron cuando cumplió cinco años, el olor de la tierra del campo de Capinota. Y también recuerda el olor a humedad de la ropa de su primo mayor por 10 años. Ese primo que durante aproximadamente seis años la abusó sexualmente.

Emma tiene la piel color canela, cabello café ondulado y ojos rasgados. A sus 30 años decidió hablar de forma pública sobre la agresión sexual que sufrió por parte de uno de los mayores de sus 10 primos. Para eso, decidió dibujar momentos clave de esa experiencia y cómo se marcaron en su cuerpo.

Son las seis de la tarde de un lunes de septiembre de 2018. Estamos en la cocina del departamento que comparte con sus amigas en la zona de Norte de la ciudad de La Paz. Se trata de una de las primeras sesiones que tendremos a lo largo de este proceso.

Con una voz que proyecta seguridad, pero que suena como la de una muchachita de 15 años, –y con una actitud tranquila, que espera mantener todo el relato– comienza a hablar frente al primer dibujo que realizó hace unos días, el que antecede a esta página.

El dibujo sobre la mesa evoca cuando ella tenía ocho años y se dio cuenta de que lo que su primo le hacía, no estaba bien. Esa situación habría empezado dos años antes, aunque no está muy segura, pues su mente borró muchos recuerdos para protegerse. Lo único claro que rememora es que la última vez que se sintió feliz fue en su festejo de cinco años. Ese día su mamá la abrazó mucho.

De a poco esa felicidad se había esfumado. Veía muy poco a su madre, quien trabajaba todo el día, y de su padre, con quien no había vivido nunca, apenas recuerda sus visitas en las tardes. “Siempre estuvo ausente”, dice.

En las mañanas, ella y su hermano menor iban a la escuela, de donde su mamá los recogía. Por las tardes, los dos eran cuidados por su tía, la hermana mayor de su madre. Ella era la única que no vivía en el edificio que compartía su familia, la de sus cuatro tías, y sus abuelos maternos. Esa tía sufría violencia doméstica por su esposo y su situación económica estaba en crisis. Por eso trabajaba cuidando a sus sobrinos y muchas veces llevaba a su hijo con ella.

—No estoy tan segura si era a los seis o a los siete cuando todo inició, pero sí estoy segura que a mis ocho fue cuando me di cuenta que yo no estaba bien como niña. Me sentía muy diferente a las demás niñas y niños. A veces quería saber si tal vez otros niños se sentían tan tristes como yo (...) porque sí me acuerdo que sentía mucha tristeza— recuerda y toma un poco de café para calentarse, pues el frío del invierno aún continúa y el horno de la cocina que encendió hace unos instantes no es suficiente para combatirlo.

Uno de los primeros recuerdos que tiene de ese malestar fue cuando, en medio de juegos entre los 10 primos en una reunión familiar, su agresor la metió en un cuarto en la planta baja de la casa. Allí era el oratorio, donde su familia, que era muy católica, tenía imágenes de santos. El espacio, que también funcionaba como depósito, estaba oscuro. Emma, temerosa de la penumbra por un susto previo que no lo visualiza, se asustó mucho. En medio de la habitación había unas bancas donde las personas pedían a los patronos, ahí fue donde el agresor la acostó.

—Entonces él me botó a las sillas y se echó sobre mí. Lo que no estoy segura, asumo que también es trauma, no sé si me ha manoseado, asumo que sí. El recuerdo que tengo es que como si me hubiera pasado corriente desde el estómago hasta la punta de mi cabeza. Sentí mucho, mucho miedo que me subió y sólo comencé a gritar. Con el peso que él tenía, pues era grande y gordo, sentí que ya no podía respirar. Me acuerdo que grité en lo poco que podía. He gritado y él se paró inmediatamente. Me ha dicho que no pasó nada, que no me asustara y que no tenía que decir a nadie, porque él me haría lo mismo otra vez. Entonces

yo salí corriendo y no sé qué ha pasado después. Ahí fue cuando he sentido la agresión más fuerte de los primeros momentos.

En ese instante se dio cuenta de que lo que le hacía su primo no era normal. Comparaba cómo se sentía con su primo de 12 años, a quien desde siempre quiso como si fuera su hermano, y sus sensaciones respecto del mayor.

—Entonces yo decía: “¿Cómo le puedo escuchar, hacer caso en todo a mi primo que me lleva por cuatro años y cómo me puedo sentir tan mal con este otro primo que es el inmediato superior de él?”

Desde pequeña, en su casa le inculcaron que debía obedecer a sus mayores. Por eso, al momento en que se dio cuenta de su malestar, entendió que su familia no le iba a escuchar; recomendaciones como “tienen que hacer caso a sus mayores”, “sus primos mayores son como sus hermanos; ellos les cuidan y ustedes les tienen que hacer caso en todo”, resonaban en su mente.

La ausencia de su madre, a quien veía muy poco, hacía que se sintiera sola y triste. La hora de la cena era uno de los momentos que más ignorada se sentía. Su tía esperaba el fin de la telenovela de moda antes de darle de cenar, su hermano era muy pequeño y pocas veces para ella significaba una compañía, su madre muchas noches llega algo tarde después de sus partidos de volleybal.

—Yo odiaba que juegue porque nunca estaba, nunca la veía.

La soledad en la que se encontraba no le permitía confiar en nadie y por eso no se le ocurrió avisar por lo que estaba pasando.

—Entonces, honestamente, no sé si alguna vez he sentido la necesidad de denunciar entre los ocho y 10, digamos. Sentía que no había espacio para mí, no había espacio para mi denuncia, ni para mi voz, ni tampoco para mi presencia.

Por todo eso, a sus ocho años Emma se mostraba como una niña callada, retraída e inmersa en libros, pero dentro de su cabeza se hacía muchas preguntas. Una de esas era si su

cuerpo era malo y por eso le pasaba lo que le pasaba. La respuesta contundente era que sí.

—De niña creía que tal vez porque yo tenía algo malo en mi cuerpo, hacía que cosas malas me pasen; como cuando te dicen que “si tú eres un niño malo, te pasan cosas malas”.

Entonces si atacaban mi cuerpo era porque mi cuerpo estaba mal.

El único momento en que se sentía a salvo era cuando leía. Lecturas como Tom Sawyer, Platero y yo, Heidi y Mujercitas la transportaban a una infinidad de vivencias en las que se imaginaba feliz y con amigos, pero su héroe, desde que leyó por primera vez, era Tom Sawyer. Le gustaba que ese muchachito travieso pudiera vivir un sinfín de aventuras y hallar una salida para todos los líos en los que se involucraba.

—Me gustaba la valentía que tenía y sentía que yo podía ser su amiga, que él me podía salvar —ríe y hace como si llorara—. Uta, ¡qué jodido! Sí, sentía que él me podía salvar.

Hablar de esos episodios hace que la memoria de Emma se abra y que le lleguen varias imágenes y momentos que hace muchos años los borró. La voz se le quiebra y las lágrimas le fluyen al recordar la primera vez que se concretó la violación.

—Se está abriendo el recuerdo.

—No es necesario que lo cuentes.

—No, está bien. Me acuerdo que estaba con un vestido y creo que eran las cuatro o cinco de la tarde. Todos estábamos jugando. En una de esas él me ha metido en ese depósito. Tenía una cajita con unos billetes antiguos súper ordenaditos y me metió ahí para mostrármela... y ha botado los billetes (sobre unos saquillos que había en el lugar). Cuando yo trataba de recoger, él me ha hundido la cabeza. Ese es el primer recuerdo que tengo, tendría nueve años —respira y se queda callada por medio minuto—. Qué cobarde que ha sido ese tipo. Tenía nueve años. Me ha hundido tanto la cabeza que solo podía sentir los saquillos y sentía que me raspaban la cara. No sé dónde estaban mis manos, no sé si me las apretaba. Me acuerdo que se ha quedado con mi calzón y que me dijo que me vaya a mi casa y me ponga otro. Y eso he hecho.

Se abstrae, toma un poco de café para tranquilizarse. Continúa.

—Ahí ha salido el miedo. Y siempre que terminaba me decía algo así como: “Si dices, te voy a hacer peores cosas” o “si dices, le voy a hacer lo mismo a tus primas menores”.

En el dibujo que hizo Emma los pocos rasgos evidentes en su rostro son su nariz y algo de su quijada.

—¿Por qué Emma de los siete u ocho años no tiene ojos?

—Porque nadie la miraba. Y porque ella sentía que lo que miraba tampoco existía.

- ¿Cómo es eso?

—Como que lo que miraba no era cierto. ¿No ve te decía que yo solo me refugiaba leyendo para escaparme? Porque todo lo que realmente miraba no era cierto, no era como en los libros.

—¿Tu certeza eran los libros?

—Los ojos solo me servían para llevarme a ese mundo o imaginar que existía un gato conmigo, pero no necesariamente para que yo vea mi casa, mi mamá, mi realidad.

—¿No querías ver tu realidad?

—No.

—Si a esa niña le pondríamos ojos, ¿qué es lo primero que vería?

—A mi primo agresor.

—Por sus ojos la gente conoce, descubre. ¿Qué ha descubierto esa niña de ocho años?

—Que no tenía un lugar en su familia.

—¿Por qué la Emmita de ocho años no tiene boca?

—Porque me daba cuenta de que lo que dijera no se iba a escuchar, no se iba a ver. Ni siquiera existía para mí la palabra “no”. No sabía que podía decir “no”: “no me gusta esto”, “no quiero esto”. Y si la decía, era para cosas específicas, así como: “no como carne”. Eso me enseñaron a decir, más o menos. Yo pienso que si alguien me hubiera preguntado “¿con quiénes no te sientes bien?”, algo hubiera salido. Yo he comenzado a tener miedo cuando

me han comenzado a manipular.

—Si ahora te trasladas a tus ocho años y tienes la posibilidad de hablar, ¿cuál sería la primera palabra que dirías?

—¿Si le pusiera boca, para que hable?

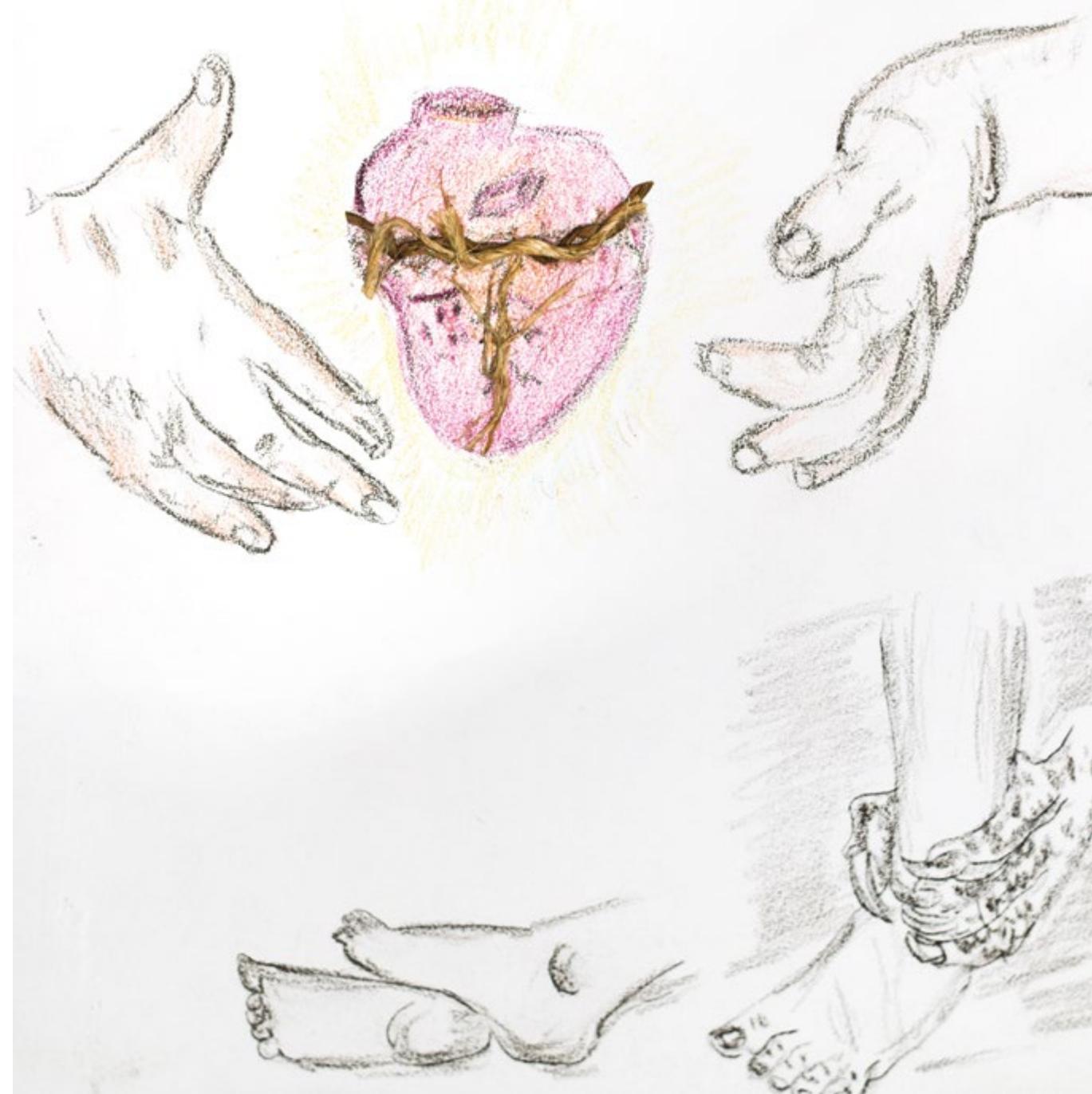
—Sí.

—Si a esa niña le hubiera dado un momentito para que respire, creo que habría saltado un “no quiero” o un “no, por favor”, o una cosa así.

Después de unos minutos en silencio, detrás del dibujo escribe con un lápiz: “No quiero”.

DATO: Entre enero de 2017 y junio de 2018, tres organizaciones de la Red Departamental de Protección de la Niñez y Adolescencia para una vida libre de Violencia Sexual; indican que de las 221 denuncias de violencia sexual a menores en el departamento de La Paz atendidas por ellas, 109 son contra familiares.

Fuente: Red Departamental de Protección de la Niñez y Adolescencia para una vida libre de Violencia Sexual, 2018



La Culpa

Un corazón envuelto por una corona de espinas y con muchas heridas al estilo del Sagrado Corazón de Jesús es la clave para entender la sensación de Emma a sus 10 años. Tener la conciencia de su cuerpo, un cuerpo violentado, también implicaba entender la tristeza en la que estaba inmersa. Esa tristeza le evitaba que disfrutara momentos felices y tranquilos que cualquier niña debiera vivir.

—No te puedo decir cómo se sienten los clavos en el corazón, pero sí sentía que el corazón de Jesús y mi corazón estaban igual de desfallecidos, cosa que me ha hecho asustar tiempo después... Me identificaba con el mártir, aunque nunca me hayan dicho que eso era Jesús. Sentía la misma tortura, el mismo silencio. Es como que estás a vista de medio mundo, pero no hay nadie que realmente esté para agarrarte el corazón, para frenar el sufrimiento —comienza el relato con voz pausada.

Es de noche y para la segunda sesión elegimos mi casa. Mientras toma un té, Emma habla sobre el dibujo que hizo para expresar cómo se sentía alrededor de los 10 años y a qué partes de su cuerpo, principalmente, afectaba lo que vivía. Habría pasado dos años en los que era consciente de la violencia que recibía su cuerpo, aunque, por supuesto, aún no lo asociaba con la palabra violación.

Para ese momento, su situación no cambió mucho. Nadie de su familia se daba cuenta por lo que ella pasaba. El agresor continuaba con la impunidad para seguir lastimándola. Todo ello hizo que aquella niña se aísle más.

—Comencé a alejarme de mi familia, o sea, a no confiar en nadie de mi familia, a pelear mucho más con mi mamá; en el colegio igual prefería aislarme. Era mejor estar sola en un rincón que con gente o en situaciones que me hicieran sentir peor de lo que yo estaba.

La tristeza que tenía no solo era por la violencia física que recibía de su primo, sino que

este, con la habilidad de un joven de 20 años en ese entonces, logró que Emma se sintiera culpable por lo que le sucedía.

“Reza para que no te pase nada y si te sigue pasando es porque Dios no te quiere”, le decía el agresor tras los episodios de violencia en los que Emma terminaba llorando. Como ella rezaba y nada cambiaba, en su cabeza las palabras de su primo tenían sentido.

Así comenzaron las manipulaciones, que además tenían que ver con bajarle el autoestima —táctica acostumbrada en las personas que ejercen violencia, especialmente contra niñas y niños, explica la directora de Sepamos, Jaquelin Butrón—

Entre las formas de manipularla estaban aquellas en las que intentaba que ella se sintiera bien con su compañía. Al ser uno de los primos mayores, se encargaba de hacer jugar a los pequeños. Creaba los juegos más ingeniosos y divertidos para entretener a los menores. Muchas veces ponía de líder a Emma o en juegos peligrosos, como bajar de un árbol, estaba ahí para ayudarla. Así le demostraba que la protegía.

Un final de tarde, a sus ocho años, Emma aprovechó que no estaban los primos mayores para treparse en el columpio improvisado en una de las ramas del árbol de ciruelo, al que normalmente no le dejaban subir porque podría lastimarse. La idea de ese columpio era colgarse y girar alrededor del tronco del árbol. Para evitar que los pequeños jueguen ahí, ocultaban la almohada que servía protegerse de la cuerda. Sin importarle lo incómodo que era sentarse sin un respaldo, Emma giró y se enredó en el árbol.

—Llegó él y yo ya me asusté. Siempre que llegaba, yo me ponía tensa, comenzaba a temblar, sentía un montón de frío. Con él llegaba una especie de sombra. Así él estuviera súper lejos yo sentía la humedad. Entonces no quería que se acercara más y estaba tratando de salir del columpio que estaba súper enredado. Me puse a llorar, me dijo: “Pero no te voy a hacer nada” y me puso el almohadón. “Sentate, ¿no ve que no te he hecho nada?”, dijo. Y me ha empujado y me ha hecho dar vueltas. Luego me ha manoseado. Ahí otra vez me he puesto a llorar. Con el agresor me crié con el miedo. El miedo era parte y de alguna manera

estaba naturalizado, porque nadie decía nada.

Muchas veces Emma insinuaba que no quería jugar con su primo, pero sus familiares le reclamaban que ella lo aislara, pues sentían que por la situación en la que el muchacho vivía —violencia doméstica, al igual que su madre—, el resto debía ser mucho más cordial y paciente con él.

El único que alguna vez le hizo caso fue Edgar, su primo mayor por cuatro años. “Ya, no vamos a jugar con él, ya no llores”, le dijo una mañana en la que Emma no dejaba de llorar. Pero a sus 12 años no se le ocurrió hacerle más preguntas.

Para este dibujo, Emma muestra su cuerpo fragmentado, roto.

—¿Por qué decides dibujar solo las manos?

—Porque son lo más cercano al corazón y porque hasta ahí no me puedo ver todo el cuerpo o mi memoria rechaza ver el cuerpo completo, porque hay como mucha herida, mucha violencia. Ahora, no sé si es una elección de protección, pero si tuviese la voluntad de hacerlo con intención, no podría graficar mi cuerpo.

Fragmentada y aislada, así recuerda Emma a su niña de diez años. Prefería aislarse y vivir su duelo sola, actitud que aún, 20 años después, conserva y que la heredó de su madre.

Por eso, además de sus manos, Emma graficó sus pies aislados en una esquina, pero, al mismo tiempo, sujetados por unas garras.

—Yo quería irme, correr, salir, escapar o quedarme en un rincón. Entonces, si quería caminar había un poder bestial o un monstruo sujetándome la pierna.

—¿Quién era ese monstruo?

—Mi primo, creo. Era él a plenitud el que no me permitía avanzar.

—¿Lo veías como monstruo?

—No, físicamente lo veía normal, como humano, pero se sentía como si fuera un monstruo, como si se convirtiera.

Pero combinado con esa sensación, Emma muchas veces también sentía que él era el

único que la protegía y que estaba a su lado. Ella compara mucho lo que hacía su primo agresor con la doctrina del shock que estudia Naomi Klein, periodista y activista canadiense. Ésta consiste en esperar y aprovechar una crisis de primer orden o estado de shock de un país, y en ese momento ofrecer reformas relacionadas con la privatización, como la mejor y única solución.

—La idea de la cultura del shock es que tu agresor te hace entender que solo él es la salvación de ti misma, y te puedes liberar con esa persona, por esa persona, para esa persona. Eso era lo que me pasaba. No había nadie y cuando había, el único era él.

De esos instantes a los que se refiere Emma hay uno que lo tiene muy presente. Fue un final de tarde en la casa de su tía que, por un momento, dejó a su sobrina al cuidado de hijo.

—Yo me quedé ahí y estaba llorando tanto que él se desesperó porque si llegaba mi tía, iba a preguntar, y él me ha enseñado disimular mis ojos de llanto con la toalla caliente. Me ha consolado, me ha dicho: “¿Ves?, así nadie se va dar cuenta de que has llorado”. Me he sentido bien, me sentía bien de que me haya consolado.

Otra estrategia del agresor era aprovecharse de la ausencia de los padres de Emma.

—Te hago esto porque tú eres mala, eres mala con las personas, eres mala con tu hermano, eres mala con tu mamá. Por eso tu mamá no está. Nadie te quiere, si te quisieran te preguntarían (si estás bien) y nadie te pregunta. Si tu papá te quisiera, estaría contigo —le decía.

Estas manipulaciones se dieron con más fuerza desde que Emma comenzó a decir “no”, entre los 10 y 11 años.

—Le voy a decir a mi mamá —le dijo una tarde.

—Si quieres puedes decirle, pero no te va creer porque tú eres mala y ella no te quiere. ¿Acaso te abraza tu mamá? —le preguntaba el primo.

—No.

—¿Ves?, es porque no te quiere. Si no te abraza, peor te va creer.

También le decía que, en caso de que le creyera, su tía sería despedida y por eso su familia se iba quedar pobre. Como Emma no podía permitir que ocurra eso, mantenía silencio.

Otra de las amenazas era la que involucraba a sus primas pequeñas, que también vivían en el edificio de Emma.

“Si te creen, va a ser tu culpa porque le voy a hacer lo mismo a tus primas”, le decía.

Con toda esta situación, Emma no solo tenía tristeza, sino mucha furia, furia que en muchos casos le demostraba a su madre.

—Atacaba a mi mamá. Me daba mucha rabia que nunca esté, que no supiera cómo estaba y que siempre tenía que estar con las tías. O cuando estaba triste tampoco podía ir donde mi mamá, porque ella no era de las que abrazaba, entonces era peor.

—¿Por qué peor?

—Porque no podía sacar ese dolor, si no hay quien te abrace de niño.

—¿Te sentías rechazada?

—Claro. Entonces comencé a generar mucho rencor hacia mi mamá.

A los 11, Emma sintió los primeros cambios en su cuerpo prepuberal como el ensanche de sus caderas.

Una tarde estaban jugando pesca-pesca en su casa, ella, quien llevaba un vestido, su primo Edgar, su hermano y el agresor. Corrían todos por las gradas. De pronto sintió una palmada en el trasero. Todos se asustaron.

—¡No tienes que hacer eso! —le enfrentó Edgar, que ya tenía como 15 años, al agresor, que ya estaba por sus 21.

—No le he hecho nada —contestó molestó el agresor.

—Contale a su mamá, baja ahorita —le recomendó Edgar a Emma, quien se sintió valiente por el apoyo de su primo.

—Tía, tu hijo me ha querido tocar el trasero debajo de mi falda.

—Es tu culpa porque tú ya no tienes que jugar con niños y menos con falda —le res-

pondió la tía y luego le prohibió seguir jugando. Emma no recuerda claramente, pero cree que su tía llamó la atención a su hijo.

Aquel día fue la primera vez que se había animado a contar a alguien mayor algo de lo que le sucedía. No solo no recibió apoyo para que se frene la violencia, sino que se le reafirmó que todo lo que le pasaba era por su culpa.

—Aquella vez me di cuenta que mi cuerpo emanaba culpa. Comenzaba a ver también que todos me estaban mirando de la manera en la que ese primo me miraba. Yo ya tenía tanto miedo de que no sea solo uno, sino sean varios (agresores) que comencé a usar poleras anchas y shorts.

DATO: Presunción de Verdad: Además de los principios establecidos en el Artículo 30 de la Ley del Órgano Judicial, En el Código Niña, Niño Adolescente, rige éste principio suscrito en el artículo 193: para “asegurar el descubrimiento de la verdad, todas las autoridades del sistema judicial deberán considerar el testimonio de una niña, niño o adolescente como cierto, en tanto no se desvirtúe objetivamente el mismo”.

Fuente: Ley No. 548 CÓDIGO NIÑA, NIÑO Y ADOLESCENTE, 2014



La Soledad

Es mediodía de domingo. Emma y Amalia, su mamá, terminaron de comer salteñas. Estamos en un cuarto piso de un edificio, donde su amplia ventana permite ver parte de la ciudad, el nevado Illimani y los cerros de La Paz. Este horizonte ayuda a que Amalia se destense un poco. Es la primera vez que hablará, después de muchos años, sobre lo que le ocurrió a su hija.

Amalia —morena, cabello negro, lentes oscuros— es amante de los perros. Mientras comía las salteñas se entretuvo con la perrita del lugar, que la destensó por un rato. Pero ahora que Emma inició el relato sobre las manipulaciones que sufría de su primo, Amalia, aunque intenta mostrarse tranquila, es traicionada por sus manos que se frotan entre ellas.

Hace una semana, Emma se dibujó como cuando tenía 12 años con un golpe en el cachete izquierdo. La ilustración se refiere a la noche que contó a su madre, quien cocinaba sopa de pollo, que su primo mayor la manoseaba.

—No sabía cómo decirte, pero tenía que decirlo. Mi cuerpo ya no podía aguantar. Intenté decirte y ni siquiera he podido decir “me viola”, porque esa palabra me asustaba y no la relacionaba con lo que me pasaba. Te dije “el Miguel me ha besado o me ha manoseado”. Te asustaste y me has dado un sopapo. Entonces para mí, más que el sopapo, ha sido contundente el silencio que le siguió... O sea, otra vez (sentía que) era mi culpa.

— ¿Se acuerda de ese momento? —pregunto a Amalia, quien no ha dejado de mirar a su hija mientras ella hablaba sentada en el suelo y apoyada contra la ventana.

—Bueno, según lo que ella dice, quizás no por justificarme, tengo la culpa de lo que haya pasado —la voz de Amalia sale atropellada—. Ella dice que le he pegado, eso no me acuerdo, no por mi conveniencia. Me acuerdo que ella me ha dicho “el Miguel me está metiendo mano” o algo así. “¿Qué cosa?”, le dije, y le jaloneé, pero de haberle pegado no me acuerdo,

honestamente. De ahí para adelante supongo que me he borrado, supongo que he llorado porque yo soy campeona para llorar; esa es mi única forma de salir del desahogo. No me estoy cubriendo con eso, con el llanto, no es así.

La niña del dibujo además tiene una cinta con la palabra “Mentirosa” porque Emma, tras el golpe, interpretó que la reacción de su mamá era porque ella no le creía.

—Siento la categoría de mentirosa y vuelven otra vez momentos de oscuridad para mí. Al final, sigo con estos monstruos (los dibujados en la parte de arriba de la niña). He dado la cara, pero estoy en la categoría de mentirosa. No digo que me hayas dicho mentirosa, porque creo que no has dicho nada. No recuerdo. Después del golpe no recuerdo más; sólo recuerdo tu cara asustada y yo me he asustado más.

Antes de contestar a Emma, Amalia aclara que ella eligió ser madre, incluso pese a que el padre de sus hijos tenía otra pareja. Resalta que quiere a sus dos hijos y que no podría llamarlos mentirosos.

—Ha sido instintivo sacudirla, pero con eso no he querido decir: “Bueno, tú te friegas”. Si mi hija pequeña me hubiera insistido, ahí sí yo reaccionaba, pero aquella vez me ha tomado por sorpresa. Me he borrado, honestamente me he borrado, porque después mi hija nunca más dijo nada.

Para Emma, lo sucedido le daba la razón a su primo que le decía que su mamá no le creería porque no la quería. Su segundo intento de denunciar lo que le ocurría significó su segundo fracaso para que alguien le ayudara. La sensación de soledad que tenía desde pequeña se había hecho más intensa y concreta.

Por eso, tras aquel episodio, Emma se ensimismó aún más. Cuando hablaba con alguien de su familia normalmente lo hacía con rabia. Su mamá era la que más recibía sus enojos y para la mayoría de sus parientes era una niña problemática y malcriada.

Las manos de Amalia no solamente se frotan entre ellas, sino que ambas tiemblan. Su

voz sale con tono amargo. No deja de lamentarse por no haberse dado cuenta del problema de su hija y haber acabado con todo. Dice que esa culpa que carga le ha oscurecido su vida.

—Es toda mi culpa porque yo he confiado en mi hermana.

—Pero tampoco tu hermana tiene la culpa, o sea, ella no me ha agredido; el agresor es otro —le dice Emma, quien después de muchos años disculpó a su tía.

—¿Al cuidado de quién te he dejado? —Pregunta, y se responde inmediatamente

—de ella.

—Claro, claro, pero son momentos bien pensados por el agresor. No era que si ella estaba cocinando tenía que estar mirando lo que yo estaba haciendo..., porque pasaba en la cara de todos, no pasaba solo por la cara de tu hermana, (pasaba) en la cara de toda la familia.

Pese a que en el edificio vivían más de 10 personas, casi nadie percibía algo anormal. Aunque Emma y Amalia dicen que presumiblemente su abuela, que vivía en la planta baja, sospechaba algo.

“No la dejen sola la Emmita”, “no le riñan”, “pregúntenle qué le pasa”, recomendaba a sus hijas la mamita María, como le recuerda Emma.

—Mi mamá me decía que por qué le dejas con ella (con mi hermana). “¿Por qué no me la dejas a mí?”, me decía. “Mamita, ¿con qué tiempo les vas a ver?”, yo le decía, —cuenta Amalia. Explica que no quería incomodar a su madre y prefería pagarle a su hermana.

Las especialistas de la Red Departamental de Protección de la Niñez y Adolescencia para una vida libre de Violencia Sexual, consultadas en atención de violencia contra niñas explican que en muchos casos las madres que se enteran de la agresión sexual que sufren sus hijas prefieren taparse los oídos, porque de lo contrario significaría enfrentar al agresor que, en muchos casos, es el patriarca de la familia. Asimismo, también prima el vínculo familiar, sin entender que dentro de la familia puede haber violencia hacia las más vulnerables.

Las profesionales también advierten que el no creer una denuncia es un mecanismo interno de defensa, ante el no saber qué hacer, ante el no querer que sea cierto. Precisamente,

eso fue lo que le ocurrió, inconscientemente, a Amalia.

Emma vivía ensimismada, - ¿después de lo ocurrido, nunca ha relacionado el por qué?

—Creo que tenía miedo de preguntar. No quería tocar ese tema. Tal vez no le exigía a ella que me diga. Al final, cuando ya sabíamos todos (años después), siempre le preguntábamos por qué no has dicho antes. Tal vez era el foco, cuando me dijo que la estaba mano-seando; no sé. Yo debía haber saltado, pero no sé. Me he borrado, y tengo esa cortina negra en mi cabeza, —se toma varios segundos a modo de darse fuerza para seguir hablando.

A diferencia de la primera ilustración, en la tercera, Emma se dibujó a sus 12 años con ojos y boca. Dice que se trata de un autorretrato.

—¿Qué le dicen los ojos a usted? — consulto a Amalia.

—Mucha pena, mucha tristeza, mucho pedido de auxilio que yo no he mirado en su momento. —El llanto hace que se quede callada. Toma un vaso de jugo de piña para tranquilizarse.

Es la primera vez que Amalia se desahoga sobre este asunto delante de otra persona. Y es la primera vez que Emma ve esta faceta de su madre. La mira con la atención y ternura de una niña.

—Mami, la culpa es la primera cosa que hay que trabajar si una quiere ser feliz. Si no, estamos dando la energía a la persona incorrecta. Por eso (en un inicio), para la familia la culpa la tenía yo o la tenía mi papá o la tenías tú, y no es así. No parte por ese lado. También iba por ahí mi dolor, yo pensaba antes que la mamá mala eras tú. Luego me di cuenta que la única persona a la que tenemos que decir mala es a él, solamente a él. Y ahí va mamita, si tú te sigues sintiendo culpable, tú le estás ayudando a él, a esa inocencia, porque estás diciendo “es mi culpa, porque soy mala mamá”. El que no debería haber hecho eso es él. Tú no nos has dejado en la calle, nos has dejado en el edificio donde toda la familia ha crecido. Entonces no fue tu dejadez, era porque tú tenías que hacer otras cosas.

Amalia no dejó de llorar en silencio mientras su hija hablaba. Tras tranquilizarse, explica

que su proceso de sanación quizás sea más largo de lo que se espera. Dice que se siente aliviada por hablar con Emma, pues es un paso para que ya no viva en negación.

—Pero no se va sanar pronto porque tengo el corazón herido, —dice. Emma se para y se sienta al lado de su mamá.

—Gracias mamita, para mí ha sido bien importante —le dice mientras se abrazan.



La Autodefensa

—Tienes que dar fuerte con el brazo derecho —le decía Oliver a Emma.

—¡Así, fuerte! ¡Eso! —le festejaba otro de sus amigos cuando los golpes de la niña movían las colchonetas que usaban como sacos de boxeo durante los entrenamientos.

—No puedes dar golpes bajos —complementaba otro niño.

A sus 12 años, Emma comenzó a entrenar con sus amigos después de que una vez les escuchara decir que cuando se pega al más fuerte, aunque esté de miedo, si se le gana, uno se siente mejor. Esa idea de sentirse mejor comenzó a resonar en ella. Veía que cuando los que abusaban a sus amigos eran vencidos, éstos terminaban siendo nadie y esa idea le gustó.

Al no encontrar una salvación después de sus denuncias fallidas, veía que aprender a pelear era una cuestión de vida o muerte. Si no aprendía a hacerlo bien, si no se autodefendía, si ella misma no paraba la agresión, el suicidio era su otra alternativa para salir de la violencia que sufría.

El cuarto dibujo corresponde precisamente a esa autodefensa.

—Quiero pegar a mi primo porque me molesta mucho —les dijo a sus amigos cuando les pidió que le enseñaran a pelear.

—¿Cómo te molesta? —le preguntó uno de ellos.

—Solo me molesta y quiero pegarlo y quiero ganarle— contestó Emma. Al sentir esa respuesta cortante, los chicos no se atrevieron a preguntar más, pues no querían ser golpeados por la niña, que muchas veces reaccionaba violentamente.

Entrenaba en el gimnasio, en las clases de educación física, o algunas tardes después de los laboratorios. Este proceso duró medio año. Cuando sus amigos vieron que la única niña del grupo estaba preparada y que tenía el cuerpo endurecido, le comenzaron a llamar “Emma, la máquina de guerra” y entre bromas decían: “Ojalá se pegue con chicos y nos defienda”.

Para probar la eficacia de los entrenamientos, Emma y sus amigos armaban peleas callejeras con otros niños. De ese modo, la niña llena de rabia y furia liberaba su enojo, frustración y tristeza con golpes. Pero pegar a otros no era su objetivo, sino que el blanco era su agresor.

—La primera vez lo empujé súper fuerte y él se rió. Entonces ha ejercido más violencia contra mí. (Luego) buscaba maneras de amarrarme para que mis extremidades estén inhabilitadas porque se ha dado cuenta que ya las podía usar (para defenderme). Por ende, los episodios terminaban siendo más feos, más violentos.

Tras esos momentos, la niña seguía practicando. Buscaba pelear con chicos más grandes. Muchas veces, durante las peleas, sentía que se enceguecía y que todo su cuerpo temblaba. Necesitaba sentir esa sensación y así enfrentar nuevamente a su primo.

—Un poquito después de cumplir 12 ya le había golpeado feo. Me acuerdo que una vez le golpee en la cara. Ha ido un puñete tan intenso en su cara que ha comenzado a sangrar y yo salí corriendo.

Después de golpearlo, por primera vez Emma vio pequeño a su agresor.

—Antes era un monstruo gordo horrible, y fue la primera vez que dije: “Oye, es bien bajito”.

Esos momentos coinciden con el relato de la mamá de Emma que contó que como a los 20 años del agresor, su hermana le contaba que su hijo llegaba golpeado.

Pese a que la intención de Emma era que su familia se preguntase por las heridas que tenía el muchacho, éstas no llegaron. El primo comenzó a beber, entonces su madre asociaba que se metía en “problemas de borrachos”.

—Me sentía mal, me sentía frustrada de que ni dejándole el ojo morado las cosas mejoraban. Comencé a golpearlo más fuerte. Siempre que se acercaba ya soltaba patadas a sus testículos; o sea, ya no esperaba el momento de agresión. Se acercaba y quería pegarlo.

Como la reacción de Emma cada vez era más recurrente e intensa, el agresor se alejó

por unos meses. Durante ese tiempo, ella pasó clases de educación sexual. Allí la profesora les dijo a las niñas, a quienes separaron de los niños para hablar de este tema, que desde la pubertad ellas debían cuidarse.

Su cumpleaños número 12 coincidió con el primer día de su periodo.

De ese hecho se enteró toda su familia. Sus primas y sus tías la reunieron en el jardín y le dijeron que como era una mujercita se tenía que cuidar, pues se puede embarazar.

El día que su primo retornó y quiso volver a agredirla sexualmente, Emma, que además de golpearlo había intentado otras estrategias como orinarse mientras la vejaba, usó la idea del embarazo a su favor.

—Algunos meses después, mi primo volvió a insistir con la agresión. Yo volví a patearle. Yo me acuerdo que llorando le dije: “Si haces una vez más esto, me voy a embarazar”.

—No te puedes embarazar— le dijo mientras retrocedió en su intento.

—Me han dicho que me puedo embarazar porque ya tengo periodo. Ese día paró la agresión.

Ese proceso de autodefensa y de su liberación está expresado en el dibujo de Emma.

Allí la niña lleva el puño derecho en alto y al mismo tiempo está sobrepuesta una silueta que sale de su cuerpo; es decir, la niña ya casi adolescente que se libera.

Es la primera vez que Emma se ilustró casi de cuerpo completo, y decidió mostrarlo desnudo.

—Es un cuerpo desnudo porque también entendí que era mi cuerpo, pero no desde lo hermoso que es tener un cuerpo y disfrutarlo y quererlo, sino desde: este es el cuerpo que se te designa y así es cómo se te ve.

DATO: las violaciones y abusos sexuales a niñas y niños son delitos de lesa humanidad (Auto Supremo N° 371/2010 de 24 de agosto de 2010) y son comparables al genocidio, la tortura y la esclavitud. (Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional)



La Isla

Sola y en la profundidad de una isla oscura se recuerda Emma cuando tenía entre 16 a 19 años. Pese a que los 12 dejó de ser agredida sexualmente, la tristeza en la que vivió por seis años anteriores la habían hundido en una fuerte depresión. Esa depresión además hacía que la Emma adolescente se autoexilie.

Estamos en la cocina de Emma y comenzamos, antes de que anochezca, la quinta sesión de este proceso. Esta vez se surtió de chocolates rellenos de café para que le ayuden con el relato. Antes de comenzar a hablar saca uno de la envoltura y se lo mete en la boca.

Sobre la mesa está el dibujo que hizo anoche, en el que plasmó una isla.

—En la isla de Emma hay árboles, hay agua, o sea vida. Pero también hay tristeza. Donde yo realmente me sentía que no era de aquí —señala la superficie de la isla—, sino del fondo, junto con las raíces, donde nadie me veía.

Durante ese periodo percibía la vida con mucha fragilidad. Tenía la sensación de que los pocos instantes en los que era feliz no le correspondían o que irían a esfumarse rápidamente.

—Digamos que estaba feliz porque gané un premio (en la escuela), o porque mi primo Edgar me abrazaba, o porque mi mamá..., o sea, por cualquier cosa podía estar feliz; pero sabía que en algún momento la vida me iba a arrebatar esa felicidad.

La metáfora de la isla le permite explicar lo perdida que se sentía, de ahí que la muestra flotando en el espacio, sin asidero en nada. Pero, contradictoriamente, en ésta Emma se dibuja por primera vez parada sobre una base, es decir, una delgada raíz dentro de la isla, que le brindaba la estabilidad que nunca antes sintió.

—Me daba la sensación de que mientras más hundida, más segura también estaba. Era como si me sintiera raíz, como si estuviera haciendo la función de una raíz; como las raíces que agarran la tierra y no van a soltarla.

Esa seguridad era debido a su aislamiento dentro de su familia y en el colegio. Se creía a buen recaudo al no confiar en las personas, que, para entonces, eran potenciales agresoras.

—Como ya conocí el peor de los daños, no me atrevía a que eso me volviera a pasar. Esa era un poco mi mentalidad. No me atrevía, o sea, podía socializar, podía tener chico, podía tener lo que quieras, pero no me atrevía a confiar en nadie, —come otro chocolate.

Esa etapa comenzó a sufrir bullying con mayor intensidad en su curso y acosos sexuales de su profesor de química y del sacerdote director de su colegio.

—El peor episodio ha sido cuando tenía 16. El cura del colegio se me había declarado, ha intentado besarme; el profesor de química me ha acosado, horrible listado, pero así pasó. La profesora de literatura no me bajaba de puta y la de matemáticas se había sentido decepcionada porque yo denuncié al de química. Entonces la culpable era yo, por “provocarle” al de química.

Así inició su depresión constante.

Después de que su mamá denunciara al profesor de química —quien tenía la costumbre de rosar con una regla los traseros de sus alumnas— porque intentó encerrar a Emma en su laboratorio, y luego denunciarla falsamente de falsificar las notas de su asignatura, sus compañeros empezaron a agredirla.

—He sufrido bullying de todo mi curso, porque las chicas se pusieron en mi contra diciendo que yo tal vez le he provocado al profe.

Uno de los hechos que más le afectó fue cuando una mañana, en la clase de matemáticas, llegó a su pupitre una encuesta sobre si su cuerpo era o no operado y si era o no puta. La mayoría opinaba que sí a ambas consultas.

—Me puse súper mal, me paré y dije “quiero decir algo al curso”, y confronté a mis compañeros.

Ser cuestionada por sus pares hizo que Emma perdiera las fuerzas que sacaba de su soledad y aislamiento, tenía la sensación de que las pocas raíces que tenía se desgastaban.

Todas las mañanas despertaba renegando, preguntándose por qué no se moría. Aquellas veces dejó de comer y perdió unos ocho kilos.

Esa tristeza no fue inadvertida por su mamá, quien estaba muy preocupada por la salud emocional y física de su hija. Todos los días la despertaba con mucho cariño e incluso en un recreo sorprendió a Emma con un peluche para que se pusiera contenta, y así fue, ella fue muy feliz por ese detalle.

Pero la depresión cada vez se hacía más intensa. El bullying en su colegio continuaba y, principalmente, los recuerdos de su infancia la asfixiaban. Su cuerpo ya no resistía.

—Comencé a arañarme, a pellizcarme la piel; me arrancaba pedacitos de piel. El doctor ha explicado que, como estaba tan triste, mi cerebro se reseteó,— recuerda, mientras se prepara café sin azúcar.

—¿Te estabas infringiendo dolor por culpa? —le pregunto.

—Sí. Yo creía que mi cuerpo estaba predestinado a ser violado o agredido, a no ser comprendido, a ser juzgado, pero en ningún momento a generar felicidad — dice, y toma un poco de café—. Era como si voluntariamente quisiera deformar de alguna manera mi cuerpo o hacer que deje de ser objeto de deseo o condena de culpa.

Ese episodio depresivo coincidió con la muerte de su abuela, a la que no solo la quería como su madre, sino que era la única de la que sentía amor, especialmente los años pasados.

—¡Ucha, no sé cómo he llegado a los 17!. Se ha oscurecido tanto mi mundo.

Emma dice que si no se suicidó fue porque veía la tristeza de su mamá, sus tías, su prima menor y no quería entristecerlas más con su determinación.

A los seis meses, falleció su abuelo que padecía de cáncer. Emma lo acompañó hasta los últimos momentos.

—Cuando estaba agonizando un poco para despedirme esa noche le abrace un montón y él me pidió que le diga que lo amo. No pude, no sabía cómo hacerlo.

En ese momento Emma comprendió que su isla se había derrumbado, pues ni sola ni

aislada se sentía bien. También comprendió que ya no podía estar en su casa, donde muchas veces veía a su agresor.

—Ya ni la tierra de mi isla servía. Entonces, ¿qué haces? Ves otra isla y te vas — sorbe lo último que le queda de café.



El Viaje

El dormitorio de Emma está incompleto. Hace unos días comenzó a guardar sus cosas en cajas y maletas porque dentro de dos semanas se trasladará del departamento que comparte con sus amigas. Pese a eso aún se siente su esencia: el cajón de manzanas pintado aún tiene algunos de sus libros; su ukulele, instrumento del que se enamoró hace casi dos años, está sobre la silla.

En esta sesión hablaremos de dos dibujos y momentos de su vida. Sobre su cama, algo alborotada, puso el sexto lienzo de esta serie. En este están pegadas unas hojas entre anaranjadas y rosadas que son sujetadas por su mano.

Esas hojas llevaban nueve años con ella. Las encontró en un bosque de Ohio, Estados Unidos, y en ese instante supo que tenía que volver a Bolivia y enfrentar a su agresor. Pero para que eso ocurriera, tenía que pasar por una serie de procesos que significarían el inicio de su curación.

Emma había llegado a Estados Unidos en 2009, poco tiempo después que salió bachiller, gracias a un programa de intercambio. Fue su manera de escapar de su casa y del agobio que le pesaba.

—De alguna manera sentía que tenía que estar lejos de mi agresor, bien lejos, para poder curar. Creo que pasa mucho con varias personas que han sido víctimas, que sanan cuando el agresor deja de joderlas.

Antes de su viaje, comenzó su transición en el último año de su colegio en el que de a poco el color naranja reemplazaba al negro que la acompañó hasta sus 17. Un paso clave para esto fue la primera vez que contó sobre su violación en una reunión con sus compañeros del taller de teatro de la universidad, y que había iniciado hacía unos meses.

—Por las herramientas que tiene el teatro puedes ser honesta; te sacan cosas que ni tú

creías que tenías. En una reunión en la casa de uno de los amigos del teatro todos contaban sus pedos (problemas). La verdad yo no estaba preparada para decirlo pero lo dije, y ha sido bien lindo porque por primera vez no me he sentido ni juzgada, ni culpabilizada, ni revictimizada, solo lo dije y vinieron abrazos y me liberaron. Todos me hacían sentir bien y después nadie me trataba raro.

Visitó un centro de investigación en la ciudad de Ohio, donde le escanearon el cerebro. En esas pruebas comprobaron que Emma tenía altos niveles de estrés, primordialmente, cuando hablaba de su familia. Los expertos le dijeron que se debía a traumas familiares.

Tras esa visita, volvió a su casa que quedaba en las afueras de la ciudad. Allí Emma, después de su encuentro con el bosque, habló con su mamá y abuela hospederas. Por primera vez dijo: “I was raped”.

—Por primera vez he comenzado a decir “fui violada”, porque también no sonaba en español o sea la palabra violada me asustaba, me retorció, me hacía sentir muy mal. No sé por qué decirlo en otro idioma me aliviaba más.

Su familia de intercambio le apoyó cien por ciento; le buscó ayuda profesional y adecuada. Así, Emma llegó a un terapeuta que practicaba la hipnosis y era especialista en tratar a víctimas de torturas.

Así conoció a profesionales de terapia por hipnosis. En varias sesiones hizo que Emma, bajo estado hipnótico, viajó a sus distintas edades, incluso hasta su gestación. Los momentos de hipnosis fueron registrados en video y durante cinco meses realizaron las terapias de sanación viendo fragmentos de lo grabado, que escogía el terapeuta. Al verse narrar en la pantalla Emma no paraba de llorar.

—Han sido procesos bien duros, bien raros. He visto a esta niña, incluso cuando hablaba, hablaba como niñita, y me ha dolido tanto. O sea sabía que era yo, pero era el relato de una niña, la niña relataba todito; incluso estos episodios que mi mente ha escogido olvidar —Hace una pausa y del cajón de su velador saca una bolsa grande de masmelos—. En el

contrato está que, si quiero, puedo tener acceso a todo el material en bruto, pero el terapeuta hacía estos cortes porque también correspondían a sus técnicas. Ya después he confiado mucho en él. Me ayudó un montón, siento que me ha curado un montón, he podido tener fuerzas y hablar a parejas sobre eso.

En esa época salía con un chico, a quien le contó sobre su experiencia. Este no solo la comprendió sino que le contuvo en todo el proceso.

Desde que inició su curación, y a partir de su estadía en Estados Unidos, Emma comenzó a tener una relación mucho más cercana con su mamá.

—Su primer te amo, primer primerísimo te amo, ha sido en una carta. Ahí se pide disculpas por haber estado ausente, —recuerda, aún emocionada.

Además de sanar a la niña víctima de violencia sexual. Las sesiones de hipnosis le sirvieron para reconciliarse con su madre y eso fue posible porque en éstas, la vio desde el vientre mientras la gestaba.

—Gracias a eso he comenzado a mirarle con otros ojos porque entendí que sufrí mucho. Como no ha sido un embarazo deseado ha sufrido un montón, ha tenido muchas dudas, muchos miedos. Mi mamá estaba bien triste, entonces eso también me ha hecho entender que mi mamá solo sabía de violencia porque no le han enseñado el otro lado.

Comprendió que a ella le correspondía enseñar a su madre a concebir de otra forma el mundo, pero para eso debía cortar los ciclos de violencia, es decir, no repetirlos.

—Ahí decidí cortar el círculo de violencia con todo lo que pueda violentar, que es un proceso largo. Hasta ahora me toca romper muchos círculos todavía, pero fue un buen primer paso.

Todo ese proceso que vivió Emma permitió que estuviera lista para volver, aunque eso significaba no completar el plazo de estadía que el programa le exigía. Nueve meses después, retornó al país.

DATO: Pese a que la imprescriptibilidad está reconocida en varios estatutos internacionales, el Artículo 101 del Código del Sistema Penal Boliviano indica: “(...) en los delitos de violación, abuso y explotación sexual, de los cuales las víctimas hayan sido personas menores de catorce (14) años de edad, excepcionalmente, no prescribe la acción hasta cuatro (4) años después de que la víctima haya alcanzado la mayoría de edad”



El Huracán

—Hola Miguel.

—Emmita ¿qué es de tu vida?

—Te cuento que voy a volver...

—Ah ¿por qué?

—Porque voy a decir la verdad, voy a decir lo que ha pasado.

—No...tranquila... por qué. No sé de qué estás hablando. Yo ahora estoy trabajando con tu papá, tú sabes. Yo quisiera que lo hablemos primero aquí. Tranquila.

Esa fue la conversación vía chat de Facebook que Emma y su primo agresor tuvieron días antes de que ella saliera de Estados Unidos. Después, ella bloqueó sus mensajes.

Escribirle fue producto de la ansiedad que tenía de volver. Ansiedad que hasta ahora trabaja para controlar y por eso muchas veces se adelanta a los hechos.

En su dibujo del que habla de este proceso, está ella desnuda, sobre una hoja una de las que se trajo del bosque que la inspiró para contar su verdad. Pero en ese momento, Emma de 21 años estaba incompleta, pues parte de su pie derecho no está plasmado. Aún en ese entonces era muy insegura, pese a ello no refuló en su decisión.

Desde que llegó a La Paz, su ansiedad le agobiaba, quería cumplir lo que vino a hacer. Quería contar todo, pero no sabía cómo, las dudas volvieron a su cabeza. Imaginaba todas las respuestas posibles, de sus papás, hermano, tías, primas, primos, parientes en Cochabamba, etcétera.

Sabía que lo iba a decir iría a cambiar a su familia para siempre.

—Era como un huracán que iba a arrasarse, —relata sentada en su cama cubierta por un cobertor de flores. Luchó con su ansiedad y esperó unos días. Cuando se decidió, empezó por la persona a la que más confianza le tenía: Edgar

—Se puso bien triste, no me acuerdo si lloró, pero ha sido la primera vez que he visto su cara apagarse, y me abrazó súper fuerte. Yo quería llorar pero había algo que me impedía, como un nudo en la garganta y solo nos hemos quedado abrazados un buen rato.

Luego al enterarse que ella iría a contar todo, le dijo: “Yo te voy apoyar, yo te creo”.

—Ahí pensé por qué no le he contado antes. También era porque a mí misma me daba miedo asumir —se responde rápidamente—, como a mi mamá le daba miedo confrontarme y saber la verdad, que parecía que ya sabía; a mí me daba miedo confrontarme; bueno aparte de ser manipulada.

Luego la denuncia llegó a la hermana mayor de Edgar, a su mamá, que es la melliza de la mamá de Emma, y luego a los otros tíos.

Finalmente hizo el anuncio a los más importantes: sus padres.

—Disculpe tengo que hablar con mis papás necesito que se retire, — le dijo con mucha seguridad a la secretaria de la oficina de su papá. Esta se retiró sin cuestionar.

—Tengo que hablar con ustedes dos, —les dijo a sus padres que estaban dentro de la oficina.

—Claro, —respondió su papá que al igual que su madre pensaban que su hija confesaría un embarazo.

—Desde que tenía seis años, más o menos, hasta que tenía doce, el Miguel me ha agredido sexualmente y ha sido mucho tiempo de silencio, mucho tiempo de dolor. He tomado terapia en Estados Unidos, y es un motivo por lo que he vuelto, porque quería decirles esto.

Tras la confesión un profundo silencio tomó la habitación. Silencio que fue apagado con el llanto de su madre.

—¿Por qué no nos has dicho antes? ¿Por qué lo has dicho ahora?, —le cuestionó su mamá, pregunta que se repetía en toda su familia.

Su papá no atinó a nada más que a levantar el teléfono y llamar a la fábrica de la que era gerente y donde había empleado a su sobrino político.

—Quiero que el Miguel se vaya de mi fábrica ahora, que deje de hacer lo que esté ha-

ciendo y que se vaya. Voy a llamar en cinco minutos; quiero que se vaya ahora, porque si no lo voy a matar, —colgó el teléfono y lloró como un niño perdido.

Emma fue a abrazarlo, mientras también lloraba.

—Lo voy a matar, —repetía—. Yo te he dejado sola, yo no he visto. En ese momento, toda la familia se quebró.

Los padres de Emma enfrentaron a su sobrino.

—Tienes que decir la verdad porque de lo contrario yo te voy a matar, —le dijo su papá de Emma a Miguel, según lo que nos contó Amalia la anterior semana.

—Tío, créeme no, es así. La Emma está mintiendo, —les contestaba mientras lloraba.

—Mi hija no está mintiendo y tú sabes, —le recusó Amalia—Si es verdad...voy a hacer lo que sea; te voy a matar.

Luego de eso, hablaron con la mamá de Miguel.

—Más vale que salga de aquí tu hijo, sea culpable o no sea culpable, que salga de aquí porque yo le voy a hacer su vida a cuadritos, —le dijo Amalia a su hermana.

Tras las amenazas, Miguel desapareció por varios meses de La Paz.

—¿Han pensado en ese momento denunciarlo formalmente?— le pregunté aquel domingo a su mamá.

—Sí, su papá le ha dicho, “vamos a iniciar juicio”, pero Emma ha dicho que no, no me vas a dejar mentir, —le dice a su hija—. Su papá decía “a este lo tengo que meter a la cárcel”, pero ella dijo no.

—¿Ya no lo veías posible? —le consulté a Emma.

—No en ese momento, porque cuando estaba en Estados Unidos, he revisado el Código Penal boliviano, y sí había leído que la violencia sexual a los niños es un acto de lesa humanidad y que no importa cuánto tiempo ha pasado, la ley no prescribe. Pero después yo averigüé cuántos, casos de denuncias de agresiones sexuales habían pasado y no he encontrado ni un dato. Además yo creo que cuando denuncié a mi familia lo que ha pasado, fue que todavía me

he sentido culpable porque me decían “por qué no has dicho antes” Todo era muy abrumador.

Emma sentía que los miembros de su familia la miraban con pena, y la revictimizaban.

—Esas caras que nunca quería ver, estaban ahí, —relata ahora Emma—Tampoco quería exponerse a que en la Policía no le creyeran.

Para que Emma, supere lo que estaba viviendo, su familia le envió a Cochabamba. Allí cuando estaba su madrina en la casa de su tía, recibió una llamada de La Paz. Era la mamá de Edgar que le decía que tenía que cuidarse porque se enteró que su primo agresor, Miguel, estaba allá.

Frente a las preguntas de su madrina, Emma le contó lo que le había sucedido. Su madrina la miró y le confesó que ella de niña también fue violada por un amigo de su padre cuando era niña. Esa confesión, que había contado a pocas personas, fue como un golpe para Emma, pero también sintió que al hablar sobre el tema, su madrina, casi 40 años después, comenzaba a liberarse.

Emma denunció el hecho a su familia, porque sentía que su familia debía hacerle justicia social, la cual no encontró con excepción de su mamá. Los demás hablan con naturalidad al agresor, aunque Amalia asegura, que para ellos, él no dejará de ser “el violador”. También contó que su familia núcleo se niega hasta ahora a creer la denuncia de Emma, por eso este año la hermana mayor de Miguel lo nombró padrino de su hija.

DATO: En una entrevista con Jaquelin Butrón, Directora de Sepamos; indicó que en el caso de denuncias prontas de agresión sexual, en las que Sepamos trabaja, las y los menores pasan por revictimización al menos 14 veces en la ruta desde la denuncia hasta la búsqueda de justicia. ¿Cuántas veces tendría que pasar una mujer adulta que busca justicia por un crimen pasado?



Jampikuna

Liberada, con alas de libélula y desnuda, así se dibuja Emma. Esa liberación, que había empezado desde sus 20 años y que continuó por mucho tiempo más, no solo liberó y curó a la mujer que ahora es; sino especialmente, a esa niña de seis años que empezó a sentirse triste, a esa niña de ocho años que entendió que lo que le ocurría no era normal, y a esa niña de 12 años que se defendió personalmente.

—La que se ha sanado no ha sido la mujer. Y al final de cuentas el cuerpo de esta mujer es el resultado de todas estas cosas, pero al final es un cuerpo sano. Me reconcilé con la niña de 12 años, —dice frente a los ocho dibujos que puso en fila sobre la cama.

La Emma del octavo dibujo está tranquila, tiene el cuerpo completo, pero no está exento de manchas, esas manchas que la marcaron y que la constituyeron en lo que hora es: una mujer liberada y que lucha por ser feliz.

La Emma del dibujo ya no carga rencor contra nadie. La Emma del dibujo reconoce en su cuerpo a su mamá.

—Mientras más veo soy mi mamá y, a veces, mi papá. Desde 2013 me agrada la idea de decir que soy hija de mi madre, —se ríe.

—Esa fecha coincide con la posición que toma tu mamá ¿no?

—Sí, también.

—¿Por qué las alas son de libélula?

—Sus alas son magníficamente complejas. Descubrí una leyenda católica que dice que la libélula antes no tenía alas y era un bichito regular y que todos sobrepasaban; no tenía gracias, solo estaba en el piso... no tenía colores. Dios se apiadó de la libélula y le regaló las mejores alas del mundo que ha podido crear. Y cada ala es tan compleja que nadie puede igualar su belleza y cuando alza vuelo, en vez de estar sobre todos los otros bichos,

les ayuda. Como epífitas en las plantas. Entender que merecemos nuestra felicidad, que la revancha es ser felices y plenas, es necesario. Entender que somos sobrevivientes y no víctimas eternas, también.

Continúa —el huracán está para enfriar y hacer que el planeta respire, no para destruir, está para volver a estabilizar el equilibrio que la naturaleza merece. No es malo ser el huracán de nuestras propias vidas. Fui afortunada por lograr encontrar caminos y gente llena de ganas de ayudar en mi curación, pero sé que también fue mi búsqueda y empeño de vivir feliz, como me lo merecía. Crear este proyecto me ayudó a ver el tiempo que ha pasado, a sentir lo que he avanzado y a curar, no sanar porque curar permite que entiendas el pasado pero que transformes y estés mejor cada día—

Precisamente su proceso de curación, no solo sirvió para liberarse, sino para contar a las otras mujeres que pasaron por su misma situación que es posible hacerlo, aunque sea doloroso y largo.

—Es posible curarnos, —finalizan nuestras sesiones.

INSTITUCIONES QUE FORMAN PARTE DE LA RED DEPARTAMENTAL



IJM



ESTE MATERIAL FUE ELABORADO CON EL APOYO DE:

